

Capítulo 97

El rey de la colonia, Carmaxes III, tenía una expresión profundamente preocupada.

La razón de su dolor de cabeza se erguía orgullosa ante él: la primera Babayaga de la Colonia, Seolrang.

«Entonces»,

Carmaxes alargó inconscientemente las palabras mientras pensaba qué decir a continuación. Tras una breve vacilación, continuó:

«¿Estás diciendo que quieres asistir a la conferencia... como asistente?».

«Sí».

Seolrang asintió sin dudarlo. Al ver esto, Carmaxes soltó un profundo suspiro.

Era la misma Seolrang que siempre había insistido en que, pasara lo que pasara, nunca pondría un pie en una conferencia como esta.

¿Y ahora quería ir como asistente? ¿Qué demonios había provocado este cambio?

Por supuesto, no había ningún problema en que Seolrang lo acompañara como asistente. De hecho, era una oportunidad demasiado buena como para dejarla pasar para Carmaxes.



La conferencia de los Reinos Aliados no era solo una reunión, sino que, como siempre, también era una sutil lucha de poder entre las naciones aliadas. Precisamente por eso Carmaxes había considerado llevarla consigo desde el principio.

Sin embargo, había un problema.

«¿No dijiste antes que nunca irías?».

Carmaxes ya había oído de boca de la propia Seolrang que prefería morir antes que asistir a una conferencia de ese tipo.

Por eso, había prometido llevar a otra persona como asistente: la segunda Babayaga de la colonia, Makria.

«He cambiado de opinión», respondió Seolrang.

«¿Tienes que irte sí o sí?», preguntó Carmaxes con cautela.

—Sí, tengo que ir.

«¿Estás seguro?».

«Por supuesto».

Su tono firme e inflexible no dejaba lugar a negociaciones. Carmaxes se sintió perdido.



Francamente, no fue una decisión fácil.

Claro, llevarse a Seolrang sería mucho más ventajoso para Carmaxes. Sin embargo, romper su promesa a la segunda Babayaga, que ya había aceptado servir como su ayudante, sin duda causaría problemas.

Por supuesto, si ignorara el puesto de «ayudante», llevar a ambos Babayagas no sería un problema. Pero eso crearía complicaciones por sí mismo.

En esencia, asistir a una conferencia como asistente conllevaba cierto prestigio.

Makria, la segunda Babayaga, probablemente había aceptado el puesto precisamente por esa razón. Si Seolrang los acompañaba ahora, aunque Makria fuera nombrada oficialmente asistente, la atención se centraría inevitablemente en la primera Babayaga.

Después de todo, Seolrang era una fuerza sin igual, con una fortaleza que nadie podía igualar.

En resumen, Makria sin duda se sentiría menospreciada y su insatisfacción llegaría al límite.

«¿Qué tal si asistes a la próxima conferencia?».

sugirió Carmaxes, lamentando no haber abordado el tema antes.

«Ah».

En cuanto la pregunta salió de su boca...



«He dicho que quiero irme».

El alegre meneo de su cola de hacía unos instantes desapareció, sustituido por una actitud fría que helaba a cualquiera que la viera.

«... Como deseas», respondió Carmaxes a regañadientes.

No tenía más remedio que aceptar.

«Hmph~♪»

Con una expresión de satisfacción, como si hubiera conseguido todo lo que quería, Seolrang tarareó una melodía mientras salía del palacio real.

Carmaxes se frotó los ojos cansados mientras observaba su figura alejarse.

«Hoy parece un día para tomar algunas hierbas mágicas», pensó brevemente para sí mismo.

Mientras tanto...

«Entonces, ¿estás diciendo que quieres asistir a la conferencia?».

«Sí, Majestad».



«Pero la Tercera Espada ya había sido asignada para asistir a la conferencia...».

«Me gustaría ir, Majestad».

«Mmm... pero ya es un asunto resuelto».

«Aún así, quiero ir».

Una escena similar se estaba desarrollando en Caliban.

«¿Hmm...?»

El rey Palmarian IV de Caliban parecía visiblemente perplejo cuando se volvió hacia Deus Macallian y le preguntó:

«¿No te negaste antes diciendo que no tenías tiempo?».

Haciéndose eco de las mismas palabras que cierto rey del desierto, Palmarian IV pareció sorprendido.

«He conseguido hacer tiempo», respondió Deus Macallian con naturalidad, como si simplemente hubiera cambiado de opinión.

Ante el alegre cambio de postura de Deus, Palmarian IV cerró la boca, sin saber qué decir.



No era que no quisiera llevar a Deus consigo. El rey era muy consciente de que la conferencia de los Reinos Aliados, en nombre una reunión diplomática, era en realidad un escenario para sutiles pero intensas luchas de poder.

Sin embargo, Deus ya había rechazado el papel de ayudante, lo que llevó a Palmarian IV a nombrar al Tercer Espadachín para el puesto.

Para Palmarian IV, la petición de Deus ahora resultaba una carga.

Incluso como rey, no podía simplemente revocar decisiones a su antojo. De hecho, él sabía mejor que nadie que cuanto más alta era la posición de una persona, más estrictamente tenía que cumplir sus compromisos.

Al fin y al cabo, un rey debe inspirar confianza en sus súbditos.

Tras un largo momento de deliberación, Palmarian IV finalmente habló.

«Lamentablemente, no puedo conceder su petición».

«¿Por qué no?».

«Porque ya hice mi promesa».

«Con la Tercera Espada, supongo».

«Sí».



Mientras asentía con la cabeza y continuaba su conversación con Deus, Palmarian IV comenzó a comprender vagamente la razón del repentino interés de Deus por la conferencia.

«Es por el conde... no, ahora marqués Palatio, ¿verdad?».

La noticia de que el marqués Palatio, del reino de Asteria, asistiría a la conferencia como asistente debió de haber impulsado a Deus a venir corriendo.

Era algo divertido.

«Admirar tanto a alguien...».

Palmarian IV sabía muy bien lo mucho que Deus Macallian veneraba al marqués Palatio.

¿Cómo no iba a hacerlo?

En las reuniones periódicas de las Cinco Espadas que se celebraban cada pocos meses, en cuanto se mencionaba la palabra «mago», Deus inevitablemente sacaba a colación, no, alababa al marqués Palatio.

En un momento dado, el recién nombrado Cuarta Espada se hartó tanto de las repetitivas historias de Deus sobre el marqués que hizo un comentario despectivo sobre él. Eso terminó en un duelo en el que el Cuarta Espada fue derrotado y quedó al borde de la muerte.



Por lo tanto, cualquiera que conociera a Deus Macallian era muy consciente de su reverencia por el marqués Palatio. También se rumoreaba que nunca se debía pronunciar la palabra «mago» en presencia de Deus.

El rey Palmarian, aunque algo preocupado por cómo podría reaccionar Deus si presionaba demasiado, se quedó desconcertado cuando Deus simplemente asintió con la cabeza y dio un paso atrás.

«Entiendo».

Palmarian no pudo evitar mostrar una expresión de sorpresa.

Esperaba que Deus recurriera a... algo, o tal vez a cualquier cosa, para asegurarse el puesto de asistente.

Sin embargo, Deus se limitó a inclinarse cortésmente y dijo:

«Dado que la decisión ya está tomada, no sería apropiado por mi parte insistir más».

«Gracias por su comprensión».

«No es nada, Majestad».

Deus se excusó cortésmente y salió de la habitación, dejando a Palmarian IV momentáneamente desconcertado.

Pero exactamente un día después, Palmarian recibió una solicitud de audiencia de la Tercera Espada, que tenía previsto asistir a la conferencia como su ayudante.

«Saludo al gobernante de Caliban y al maestro de sus Cinco Grandes Espadas».

«Sí, ¿qué te trae por aquí?».

«Perdone mi impertinencia, Majestad, pero ¿puedo renunciar al cargo de asistente?».

«¿De repente?».

«Sí».

«¿Por qué?»

«Bueno... Siento que mi espada aún no está lo suficientemente afilada como para servir adecuadamente a Su Majestad».

Al oír esto, Palmarian IV tuvo una revelación y recordó los acontecimientos del día anterior.

—No puedo conceder tu petición.

-¿Por qué no?

-Porque ya hice mi promesa.



—Con la Tercera Espada, supongo.

-Sí.

No tardó mucho en reconstruir lo que había sucedido.

—Entendido —dijo finalmente Palmarian.

«Gracias, Majestad».

Y así, ese día, el asistente de Caliban para la conferencia fue sustituido.

Tres semanas después.

Tras apenas dos semanas de descanso, Alon se encontraba de nuevo en Teria, rumbo a Tern con Cretinia Siyan para asistir a la conferencia.

Durante ese breve periodo de respiro, Alon había llegado a comprender por qué Cretinia Siyan lo había elegido como su ayudante.

«Una lucha de poder, ¿eh?».

Recordando lo que Evan le había dicho, Alon siguió reflexionando sobre la situación.



«Claro, cada vez que se reúnen personas con poder, las pequeñas disputas por el poder son prácticamente inevitables. Aun así... ¿por qué me eligieron a mí para esto? O... ¿tal vez yo soy la elección correcta?».

Hablando objetivamente, el historial de Alon era bastante impresionante, por lo que podía entender por qué lo habían elegido.

Por supuesto, todo era superficial. En realidad, era un mago a medio formar cuyo diminuto núcleo de maná lo dejaba incapacitado tras unos pocos hechizos.

«Bueno, al final todos salimos ganando».

Cretinia Siyan aprovecharía la reputación de Alon, y Alon obtendría el objeto que solo podía conseguir entrando en Tern.

Aproximadamente una semana después, llegaron a su destino.

«Oh...».

A lo lejos se alzaba un enorme castillo, construido exclusivamente para que las familias reales de los Reinos Aliados lo utilizaran como lugar de reunión. Alon se maravilló en silencio ante la vista.

Enclavado en medio de una extensa llanura, el castillo exterior tenía cierto encanto y su exterior era innegablemente impresionante.

Aunque se asemejaba más a una fortaleza de hierro y sangre que a una sala de reuniones, seguía siendo llamativo.



Al poco tiempo, Alon llegó al castillo.

«La reunión es por la noche, así que tómate un tiempo para relajarte en el salón de banquetes», le indicó Siyan.

—Entendido —respondió Alon con un gesto de asentimiento y se dirigió al salón.

«Sorprendentemente, no hay mucha gente aquí».

Al llegar al salón de banquetes, Alon echó un vistazo al silencioso interior y reflexionó brevemente sobre la falta de actividad.

Encogiéndose de hombros, comenzó a picar de la variedad de postres que tenía delante.

Lo ideal hubiera sido ponerse en marcha y conseguir el objeto que buscaba. Por desgracia, debido a su naturaleza, el objeto solo podía obtenerse por la noche.

«Delicioso».

Mientras se deleitaba con la dulzura de una tartaleta de huevo, saboreando su sabor, una voz lo llamó.

«Disculpe, ¿es usted el marqués Palatio?».



«?»

Al volverse hacia la voz, Alon vio a un hombre de pie cerca de él.

Tenía un llamativo cabello rojo, un pendiente en forma de cruz en una oreja y una espada en la cintura: un ejemplo clásico de figura apasionada.

«Sí, lo soy. ¿Quién eres tú?».

«¡Oh, realmente eres tú! ¡Es un honor conocerte!».

El hombre sonrió y se presentó.

«Soy Filian, el mayor de la Casa Ducal de Merkilian, en el Reino de Ashtalon».

«¿Filian? ¿El maestro espadachín de Ashtalon?».

«¿Ah, sí? ¿Me conoces? Es un honor que alguien tan famoso como tú me reconozca. ¡Parece que yo también he ganado un poco de renombre!», dijo Filian con una alegre carcajada.

Al observar al animado hombre, Alon pensó para sí mismo: «Bueno, no es tanto porque seas famoso; yo ya sabía de ti».

Alon lo conocía bien: Filian Merkilian, el maestro espadachín más joven del reino de Ashtalon y un personaje que acabó uniéndose al jugador como aliado en *Psychedelia*.



«Eres muy conocido. Al fin y al cabo, eres el maestro espadachín más joven de tu reino».

«Gracias por el cumplido. Pero...».

Como se veía, la personalidad de Filian era tan alegre y directa como parecía. Fiel a su papel de aliado en el juego, no tenía segundas intenciones y era muy agradable interactuar con él.

Sin embargo, había un inconveniente.

«Parece usted... más débil de lo que esperaba, marqués».

El diseño del personaje enfatizaba claramente que todo su talento y concentración se centraban en el manejo de la espada. Como resultado, sus habilidades interpersonales y sociales eran casi irremediablemente deficientes.

«Qué raro. Deberías ser mucho más fuerte que esto», dijo Filian, con palabras directas y sin rodeos, reflejando claramente lo que pensaba en su rostro.

Para colmo, también tenía un espíritu competitivo bastante fuerte.

«Hmph».

Sin embargo, Alon comprendía perfectamente que Filian no tenía malas intenciones.

Filian Merkilian no era el tipo de persona que se burlaba o ridiculizaba a los demás.

«Ya sea porque es incapaz de sentir malicia o porque no es lo suficientemente inteligente como para pensar en ello, quién sabe».

En cualquier caso, la sinceridad de su tono dejaba claro que no había hostilidad alguna. Alon reflexionó brevemente sobre cómo responder a tanta franqueza inocente cuando...

«¿Qué acabas de decir?».

«¿Eh?»

Una voz detrás de ellos los tomó a ambos por sorpresa, haciendo que Alon se diera la vuelta instintivamente.

«¿?».

La imagen que tenía ante él le hizo abrir los ojos con sorpresa.

«¿Seolrang... y Deus?».

Allí estaban, Seolrang y Deus, ambos visiblemente furiosos. Sus expresiones no dejaban lugar a dudas sobre su estado de ánimo, y miraban directamente a Filian con ira.